

CELCIT. Dramática Latinoamericana. 91

COCHINILLOS COLOR DE CIELO

Patricio Guzmán

DE LOS PERSONAJES

Daniel *Uno de los señores*

El Semejante *También podría ser un señor*

Los Señores *Gordo tan gordo que parece ombligo*

Chico tan chico que es casi un sonido

Alto tan alto que sus manos tocan asfalto

Serio tan serio que ríe en el cementerio

El Señor de turno *Cualquiera de los señores que en su momento dispone el tiempo y las viandas*

1

La casa de los señores tiene habitaciones y las habitaciones tienen camas. En una de las camas duerme Daniel, y esto es lo que soñó aquella noche mientras dormía:

Una piedra y un dedo

el dedo hiere la piedra

Un ángel llora en la herida

la herida se hace laguna

Pero la casa tiene un balcón y por él, entran los cantos de quién desde afuera cante...

La voz del Semejante:

El mundo está callado

y se siente calientito.

El mundo es mi bodeguita

de espuma

de agüita y de silencio.

Silencio...

¡Qué gordo eres silencio!

Si pareces un sapito,

un cántaro delicado.

Sonrío y no te escondes,

te pellizco y me abrazas,

coqueteo contigo
y no me llamas pobre
Eres bueno mi silencio.
Mi Bodeguita
no deja entrar el tiempo
porque la edad enferma
hiere la alegría y
quiebra el aliento.
¡Me ha de morder el hielo
si la edad me alcanza!
No quiero huesos duros
ni dentaduras completas
La estatura me da miedo
y no quiero pelo en mis cejas
Solo quiero mi piel
oculta en éste ombligo
¡Cuántos colores tiene la oscuridad
de mi templo!
Bodeguita, pepita de capulí,
no te rompas que mueres
cuando la tierra te besa,
ni dejes que luces pálidas
me ahoguen de llanto.

Cuando llegue la sangre a raspar tus paredes,
a golpear tus puertas, bodeguita;
dile que no hay espacio,
que somos dos,
que soy tu amante,
que hay un novio mejor para ella.
¡Miéntele!

Qué si tiene frío
busque otro escondite,
se acurruque en otras penas.

El canto tumbó a la piedra, a la laguna y al sueño. Los demás señores dormían a pierna suelta (¿Cómo será eso?). Daniel caminó hacia el balcón para ver quién cantaba, y abriendo de par en par las puertas de éste, observó algo “semejante” a la duda y a la tibieza, a las ganas y la rabia, al desenfado y el encanto; algo como hecho de musgo, de suspiros, aplausos y caricias; algo semejante a lo que se espera...

2

A casa de los señores, la mañana llega vestida como doña de los mercados. Esto ocurre cuando el señor de turno voltea el reloj de arena. Inmediatamente dicho señor, que es igualmente el encargado de las viandas, convoca a todos al desayuno.

El desayuno

Armónica sinfonía de cucharas, tazas, platos y cacerolas. Las viandas que habitan los utensilios hacen por lo general la segunda voz de Estos y los señores el contrapunto.

Bonachones todos los señores, de gesto cortés eran todos. Luego de saludarse como conviene, uno de ellos, al ver que Daniel estaba en el balcón y no ocupaba su lugar en la mesa, comunicó su inquietud al resto de sus compañeros y sintiéndose el más autorizado de todos, se propuso recordar a Daniel sus deberes matinales.

Gordo tan gordo: Señor Daniel, el desayuno está servido y queremos saber si usted desea tomar el café con azúcar.

Daniel guardó silencio...

Gordo tan gordo: Disculpe usted, señor Daniel. Al parecer mis palabras no han sido dichas con la entonación adecuada, o quizás el volumen de mi voz no ha sido el necesario para que sus orejas capten el contenido de las mismas. Por lo tanto, las diré nuevamente: El desayuno está servido y quisiéramos saber si usted desea tomar el café con azúcar.

Daniel guardó silencio...

Gordo tan gordo palmoteó su gran panza con los dedos de sus dos manos y volvió la mirada a sus compañeros haciendo ademán para que alguno de ellos pueda salvarle de tan embarazosa situación.

Alto tan alto: Señor Daniel, la pregunta por nosotros formulada es enteramente sencilla y por lo tanto requiere de una respuesta igualmente sencilla. Nos basta pues con un sencillo sí o un sencillo no que satisfaga nuestras expectativas.

Pero Daniel guardó silencio...

Serio tan serio: Con el permiso de los señores... Creo saber lo que ocurre con nuestro compañero y confío en que mis deducciones nos permitirán superar el penoso dilema. Muy bien, la pregunta formulada rezaba de la siguiente manera "¿Desea usted el café con azúcar?" cuando lo correcto debió ser "¿Desea usted azúcar en su café?"

Chico tan chico, satisfecho con la observación de Serio tan serio, apresurose en ir hacia Daniel, y convencido de haber encontrado la solución al problema, asumiendo la voz de todos expresó:

Chico tan chico: Señor Danielillo el desayuno está servido. ¿Desea usted azuquillar en su café?

Y Daniel ... guardó silencio.

Chico tan chico, confundido por la respuesta de Daniel, colocó sus manos detrás de la espalda y caminó con los pasos breves y cortos que su humanidad le permitía al sitio en el que aguardaban sus compañeros.

Serio tan serio: ¡Tranquilidad, señores! ¡Tranquilidad! Aún no he terminado mi exposición. Ahora bien, supongamos que nuestra pregunta satisface las necesidades cuantitativas de señor Daniel, pero... ¿Qué sucede con las necesidades cualitativas? ¡He aquí el meollo! Concluimos pues que debemos decir: El desayuno está servido "sobre" la mesa, que es una. Puesto que para los cinco que somos y que habitamos la casa - procederé a enumerarlos: uno, dos, tres, cuatro y cinco -, "una" sola mesa es más que suficiente.

Todos los Señores: ¡Claro, claro! ¡Por supuesto!

Serio tan serio: ¡Evidente, evidente! Prosigo...

Todos los Señores: ¡Prosiga!

Serio tan serio: Todos nosotros ocupamos espaciosamente los contornos de ella - hablo de la mesa -. Salvo nuestro dilecto amigo Gordo tan gordo que, debido a su contundencia corpórea, se ve obligado a ocupar los flancos de mayor longitud privándose de ubicarse en las cabeceras.

Gordo: En efecto.

Todos: ¡Sí, sí! Indudablemente.

Serio: Muchas gracias. Por otra parte, bien conocen ustedes que de forma general el desayuno lo ingerimos, para luego digerirlo y posteriormente evacuarlo, haciendo uso de lo que los romanos llamaban utensilios. A saber: tazas, platos, cucharas, cuchillos, entre otros. Salvo el caso de los señores Alto tan alto y Chico tan chico que como bien sabemos, utilizan respectivamente tazotas el uno y tacillas el otro, platotes el uno y platillos el otro, cucharotas el uno y cucharillas el otro...

Chico: Cuchillotes el uno...

Alto: ... y cuchillillos el otro.

Serio: ... Y así por el estilo. Entonces, el objeto taza es parte fundamental de la familia de los utensilios ¿Estamos de acuerdo?

Todos: ¡Faltaba más! ¡Sí, sí!

Serio: ¡Mmjuu! En la taza se vierte un líquido, en nuestro caso, agua hervida y calientita que a su vez, y al fusionarse con el ingrediente llamado “café” que toma su nombre del fruto homónimo, se convierte en la bebida de nombre igualmente homónima.

Gordo: ¡Brillante!

Serio: Gracias. A dicha bebida, y esto a gusto de quién vaya a servírsela, e le agrega el ingrediente que los persas denominaron “azúcar”.

Alto: Azucotar.

Chico: Azuquillar.

Gordo: Hem... hem... azucasota... hemm... azucaro... ¡Vaya! Azúcar gorda.

Serio: ¡Exacto! Concluyendo y por consiguiente, queridos amigos y señor Daniel, ya que usted se encuentra al tanto de la justa medida de los sujetos y objetos que intervienen en la manufactura del “café”. Responda: ¿Lo quiere usted con azúcar?

Todos los señores satisfechos con tan genial y convincente discurso y seguros de que la respuesta de Daniel no se haría esperar, se proporcionaron unos a otros un abrazo fraterno entre vitoreas y aplausos. Pero Daniel apenas se volteó a mirarlos, y con la necesidad que de vez en cuando tiene el vino de refugiarse en el vientre de las uvas, dijo a sus compañeros...

3

Daniel: Señores, amigos míos...

Tantas veces he tomado café

y en cada bocado he sentido su tibieza

como quien siente un beso en los párpados

Tantas veces lo he tomado

con la misma azúcar

que nos recuerda la miel
de los primeros días.

El aroma del café
es el alma de la negrura,
una madrugada inmensa,
un suspiro;

Y el azúcar es su novia,
cristalina hija de la caña
que cuestiona su amargura
¡Cómo no quererlos a ambos!

¡Cómo no desear que juntos
le den vida a mis entrañas!

¡Ah, queridos señores!

Por ahora no los quiero
columpiándose en mi vientre.

Quizá más tarde...

Por ahora

lo oscuro es tan grande
y lo blanco muy pequeño.

Por ahora

quiero el azul del cielo,
tocar sus muslos,
sentir su pelo.

Señores, lo que yo quiero
 es ir al cielo en bicicleta,
 en una bicicleta anciana y amarilla
 con pedales de madera
 y asiento de piel de chivita.

Serio: ¡Chi - vita!

Alto: Me parece que Chivita es un animalote.

Gordo: No. Es rechoncho y es gordito.

Chico: No. Es un animalillo suave y calientito.

Y los señores guardaron el silencio de quien siente preocupaciones.

Serio: Tranquilidad, amigos. Ya se le pasará.

Todos: ¡Claro que sí! ¡Por supuesto! Faltaba más ¡Sí, sí! Mañana ya pasará. ¡Sí! Mañana se le pasará.

Y con la dicha de quien ha calmado el llanto de un niño, todos juntos de las manos se retiraron a sus aposentos. El señor de turno volteó el reloj de arena, así todos recordaron la continuidad del día. Pero ninguno de ellos miró lo que Daniel miraba desde el balcón que ya no tenía sus puertas abiertas de par en par. Ahora las tenía completamente cerradas. Con seguridad la sola presencia del semejante las fue cerrando de a poquito. Y el semejante ya no se parecía a la tibieza o a lo que se espera, sino mas bien a un lirio, a un lirio azulado (¿Quién los ha visto?).

4

El reloj de arena

Las horas que sucedieron a estos acontecimientos antes de la llegada del nuevo día, fueron contempladas por el reloj de arena. El aguardaba silencioso en medio de la casa. Las diminutas partículas -de arena por supuesto- caían con el sonido de la hoz al cortar la hierba, aunque también lo hacían con el sonido del maíz al ser cocido en un tiesto. Sus dos cúpulas de rechoncho cristal brillaban como la doña, la doña de los mercados y conforme pasaba el tiempo lo hacían como la doña que llega más tarde, como la doña de frío y canelas.

Y Daniel miraba desde el balcón al lirio azulado. Los brillos de las doñas los bañaban de colores a ambos. Algún ligero viento que de cuando en cuando los visitaba provocaba en el lirio azulado un ligero bamboleo y en Daniel, el tenue gesto de quien pedalea.

5

Cuando el señor de turno estiró las manos para voltear el reloj de arena, ocurrió que la doña del frío y canelas abandonó a su compañera, a la otra doña, a la que viste a la mañana.

La mesa del desayuno aguardaba en el sitio en el que le corresponde aguardar a los señores. Así mismo los utensilios, ya presintiendo la llegada de estos, iniciaron sus melodías que inmediatamente fueron secundadas por la voz -la segunda por supuesto- de los señores.

Gordo: ¡ Oh, señores, mis buenos señores! Hoy es hoy. Hoy no es ayer ni es mañana.

Alto: Hoy es el mañana de ayer.

Chico: Y hoy que es mañanilla, es un mañana por la mañanilla.

Serio: ¡Qué hermosa está la mañana!

Alto: ¡Dios, qué mañanota!

Gordo: ¡Mañana inmensa!

Chico: ¡Ah, mañanilla!

Gordo: El desayuno está servido.

Alto: Y hoy que es mañana.

Serio: Somos los cinco señores, los cinco señores de casa los que tomaremos el café...

Gordo: ... que nos abrigue la panza.

Serio: Señor Daniel vendrá a nuestro lado y lo tomará despacio.

Alto: Pues hoy es el mañana y las locuras pasan.

Serio: Pregúntale tú, pequeño. Tú con la voz más alta: ¿Con cuántas de azúcar quiere el café que está en su taza?

Y los señores bailaron de contento mientras Chico tan chico se acercaba al balcón con los pasos breves y cortos que su humanidad le permitía. Al llegar, golpeó tres veces a la puerta y con la voz de quien llama desde afuera, dijo:

Chico: Señor Danielillo, amigo nuestro. El desayuno está servido y quisiéramos saber si usted desea tomar el café con azúcar.

Daniel: Una piedra...

Serio: ¿Qué fue lo que dijo?

Chico:... una... piedra.

Alto: ¡¿Lo quiere con una piedra?!

Chico: Sí, con una piedra.

Serio: Está bien. Con una piedra.

Alto tan alto consiguió la piedra, porque él es tan alto que sus manos tocan asfalto, y la puso en una taza, en la que Daniel solía tomar el café. Serio tan serio cogió la taza y todos caminaron hacia el balcón.

Serio: Aquí está su piedra, señor Daniel.

Daniel: ... y un dedo.

Alto: ¿Un qué?

Chico: Un dedo.

Serio: Está bien. Con un dedo.

Todos los señores miraron a Gordo tan gordo que palmoteaba su gran panza con los dedos de su dos manos. Algo dudoso Gordo tan gordo accedió a la petición y colocó el mejor de su dedos dentro de la taza.

Serio: Ahí está su dedo, señor Daniel.

Daniel: El dedo hiere a la piedra...

Al escuchar lo dicho por Daniel, Gordo tan gordo inmediatamente comenzó a punzar la piedra.

Daniel: ... una lágrima cae...

Y los señores, dispuestos a complacer a Daniel en su rara manera de querer el café, iniciaron un profundo llanto sobre la taza. De todos quien más lloraba era Serio tan serio que ríe en el cementerio.

Daniel: Y la herida se hace laguna.

Todos los señores miraron a Chico tan chico.

Chico: No, señores. ¡Ni lo piensen! ¡Yo no voy a cortar mi cuerpecillo!

Y los señores que habían hecho todo lo posible por satisfacer a Daniel, al escuchar su última petición y ante la negativa de Chico tan chico, en voz de Serio tan serio le dijeron...

Serio: Señor Daniel, tenemos la piedra, el dedo y la lágrima. Usted sabrá perdonarnos, no podemos complacerlo con la herida y quién de nosotros podrá traer a casa una laguna. De todos modos, querido señor... ¿Quiere usted el café con azúcar?

Daniel: Quiero ir al cielo.

Ir en bicicleta anciana y amarilla

Con pedales de madera

Y asiento de piel de chivita

¡Y esto último indispuso en gran manera a los señores!

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Agosto de 2002

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar